

MARIE VIEUX-CHAUVET

AMOR, IRA Y LOCURA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Amour, colère et folie*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2005 by Éditions Zellige. Todos los derechos reservados. Edición negociada a través de Pierre Astier & Associés
© de la traducción, 2012 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Avec le soutien du



En la cubierta, ventana en Haití, del Dr. Jaume E. Ollé

ISBN: 978-84-15277-70-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 9148-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

POR LA VERDAD,
POR LA HISTORIA

Amor, ira y locura, la obra más importante de Marie Vieux-Chauvet, fue escrita en Haití y no en el exilio. Publicada por Gallimard en 1968, esta trilogía provoca la furia de François Duvalier, el déspota reinante a la sazón en Haití.

La familia de la autora, puesta ya a prueba por la ejecución arbitraria de tres de sus miembros, teme nuevas represalias.

Un diplomático haitiano alerta a Pierre Chauvet, el marido de la autora, con ocasión de una estancia suya en Francia, de esta nueva amenaza. Tras volver urgentemente a Puerto Príncipe, compra los ejemplares ya distribuidos in situ y los destruye. Por su parte, Marie Vieux-Chauvet logra del editor un aplazamiento en la distribución de la obra.

Algunos años después, sus hijos adquieren la integridad del *stock* restante y lo ponen discretamente a la venta. Hasta su agotamiento en el año 2000, el libro se vendió a algunos particulares, así como en dos librerías, una de Nueva York y la otra de Haití. Pero sigue siendo inencontrable en cualquier otra parte.

Estas precisiones, que nos parecen necesarias, son una respuesta a las alegaciones de algunos que no persiguen más que el sensacionalismo. La familia de la autora nunca se ha avergonzado de sus escritos. Marie Vieux-Chauvet, que no fue tampoco ni una mártir ni una mujer desengañada, se definía simplemente como un «elemento de la Naturaleza». Las pruebas por las que tuvo que pasar no hicieron más que reforzar su disposición a la lucha, su alegría de vivir, su generosidad y el optimismo que le permitió superar el ostracismo de su más bella obra.

M. CHARLIER, R. CHARLIER Y P. CHAUVET

Marie Vieux-Chauvet puede perturbar, resultar chocante a veces, pero ¿despertar compasión? ¡Eso jamás! Ni santa ni mártir, fue simplemente una mujer que detestaba por encima de todo el cinismo, la pusilanimidad y la injusticia.

MARILYSE CHARLIER

RÉGINE CHARLIER

PIERRE CHAUVET

I
AMOR

Asisto al drama, escena tras escena, inadvertida como una sombra. Soy la única lúcida, la única peligrosa y nadie a mi alrededor lo sospecha. ¡La solterona! La que no ha encontrado marido, la que no sabe lo que es el amor, la que no ha vivido nunca en el buen sentido de la palabra. Se equivocan. Yo saboreo, en todo caso, mi venganza en silencio. Mi venganza es mi silencio. Sé en brazos de quién va a arrojar-se Annette y no abriré bajo ningún pretexto los ojos a mi hermana Félicia. Es demasiado pánfila y lleva con demasiado orgullo en su vientre su feto de tres meses. Si ella ha sido lo bastante inteligente para encontrar un marido, quiero que no lo sea menos para conservarlo. Tiene demasiada confianza en ella, demasiada confianza en todo el mundo. Su serenidad me exaspera. Sonríe mientras cose camisitas destinadas a su futuro hijo; pues ¡tiene que ser también un varón! Y apuesto a que Annette será su madrina...

Me he acodado en la ventana de mi habitación y los observo: Annette ofrece a Jean Luze la lozanía de sus veintidós años, de pie, a plena luz. Dan la espalda a Félicia y se poseen sin un gesto. El deseo estalla en sus ojos. Aunque Jean Luze lucha, el resultado es fatal.

Tengo treinta y nueve años y soy todavía virgen. Suerte poco envidiable de la mayor parte de las provincianas haitianas. ¿Es parecido en todas partes? ¿Existen en el mundo pequeñas ciudades como ésta, medio enviscadas en ancestrales costumbres y donde la gente se espía mutuamente? ¡Mi ciudad! ¡Mi tierra natal! Como llaman con orgullo a este triste cementerio en el que se ven pocos hombres aparte del médico, el farmacéutico, el cura, el comandan-

te de distrito, el juez municipal y el prefecto, todos recién nombrados y tan típicamente «gente de la costa» que resulta descorazonador. Los pretendientes representan las raras avis, la ambición suprema de los padres que siempre han mandado a sus hijos a Puerto Príncipe o al extranjero para que se culturicen. Uno de ellos nos ha vuelto en la persona del doctor Audier, que siguió estudios en Francia y en quien yo busco todavía en vano las huellas del superhombre...

Nací en 1900. Una época en la que los prejuicios estaban en su apogeo en esta pequeña provincia. Se habían formado tres grupos que vivían tan aislados uno del otro como si fueran enemigos: los «aristócratas» de los que formamos parte, los pequeñoburgueses y la gente del pueblo. Confundida por la ambigüedad de una situación particularmente delicada, comencé desde mi juventud a sufrir a causa del color oscuro de mi piel, ese color caoba heredado de una lejana antepasada y que chocaba en el estrecho círculo de los blancos y de los mulatos-blancos que mis padres frecuentaban. Pero esto es agua pasada y no tengo interés, por el momento al menos, en retrotraerme a lo que ya no existe...

Al decir del padre Paul, he envenenado mi espíritu instruyéndome. Mi inteligencia dormitaba y la he despertado, ésta es la pura verdad. De ahí la idea de este diario. He descubierto en mí dotes insospechadas. Creo poder escribir. Creo poder pensar. Me he vuelto arrogante. He tomado conciencia de mí. Reducir mi vida interior a la medida del ojo, he aquí mi objetivo. ¡La noble tarea! ¿Lo conseguiré? Hablar de mí es fácil. No tengo más que mentir mucho mientras me convenzo de que observo acertadamente. Voy a tratar de ser sincera: la soledad me ha agriado; soy como esos frutos caídos antes de sazón y que se pudren debajo del árbol sin que la gente se digne tocarlos. ¡Viva Annette! Después de Justin Rollier, el poeta muerto tísico, Bob, el sirio; después de Bob, Jean, nuestro cuñado, y pensar que

ella no tiene aún veintitrés años. La pequeña ciudad de X se emancipa. Se nos pega lo que se llama la civilización.

Soy la mayor de las tres hermanas Clamont. Entre cada una de nosotras median ocho años de diferencia. Vivimos juntas en esta casa, herencia indivisa de nuestros difuntos padres. A mí, como siempre, me han sido confiados los trabajos más pesados. «Como no tienes nada que hacer—parecen decirme—, ocúpate tú». Y me dejan las riendas de la casa y el control de la caja. Soy a la vez ama y criada; una especie de ama de llaves sobre cuyos hombros descansa la rutina diaria de su vida. A modo de recompensa, cada una me da algo con lo que entretenerme. Annette trabaja. La burguesa arruinada, acorralada por las circunstancias, chapotea sin vergüenza en el compromiso y la promiscuidad y hela aquí de dependienta en la tienda de Bob Charivi, un sirio de la más baja estofa que posee en la Calle Mayor un establecimiento mercantil. Jean Luze, el marido de Félicia, un buen francés fracasado que vino a parar de milagro a nuestras acogedoras costas, es el empleado de mister Long, el director de una firma norteamericana instalada entre nosotros desde hace diez años. Tengo pocas necesidades, y gracias a ello estoy amasando una pequeña fortuna. Al envejecer, desarrollo una sórdida avaricia. Hay que verme contar pacientemente, cada mes, mi peculio. «¡Es espantoso lo poco que se cuida Claire!», dice Annette.

Félicia se encoge de hombros.

Desde que se casó, nadie más existe en el mundo aparte de Jean Luze. ¡El guapo Jean Luze! ¡El inteligente Jean Luze! Jean Luze, el extranjero con una aureola de misterio y de exotismo que ha instalado su biblioteca y su discoteca en nuestra casa y que se burla, bien lo veo, de nuestra manera de vivir y de nuestra mentalidad atrasada. Es el hombre sin defectos, el marido ideal. Y Félicia desborda de admiración y de amor. No pienso abrirle los ojos. Espío

habitualmente desde mi ventana todo cuanto hace. Fue así como, una tarde, vi a Annette en los brazos de su patrón sirio. Ella estaba en la parte de atrás del coche que habían metido a medias en el garaje. Lo vi todo, lo oí todo a pesar de las precauciones que ellos tomaban para no despertar a Félicia. No habían pensado en mí. ¿Cómo la solterona que yo soy, desinteresada de las cosas del amor, podría por un solo momento sospechar de ellos? Esta relación duró hasta la petición de mano de Félicia. Después de la cual todo se fue al traste una vez más para Annette...

De estatura media y más bien gorda, de piel clara y con el pelo de un rubio ceniza, Félicia tiene los rasgos finos de una blanca. Annette, aunque blanca también, tiene oro bajo la piel. Y tiene el pelo negro, de un negro azulado como sus ojos. Salvo el color de la piel, es una copia mía, retocada, con dieciséis años menos. Pues esas dos mulatas-blancas son mis hermanas. Yo soy la sorpresa que la sangre mestiza reservó a nuestros padres; sorpresa desagradable en su época, sin duda, pues me hicieron sufrir bastante... Los tiempos han cambiado y con la edad he aprendido a apreciar lo que me corresponde por derecho. La historia no se detiene y tampoco las modas, afortunadamente...

Jean Luze contempla a Annette. Lucha. Sin embargo, sabe perfectamente que acabará por ceder. Cuando a ella se le mete un hombre en la cabeza, y tengo la experiencia desgraciada de saberlo, difícilmente renuncia. Éste es uno de los más seductores que haya visto jamás. ¡Sus zancadas en el patio! ¡Su manera de subir la escalera! ¡Su voz tan joven, tan alegre, ligeramente velada, que parece poner sordina a la felicidad que infunde! ¡Su dicción perfecta! ¡Y su mirada! Lo acaricia inconscientemente todo. Incluso a mí...

—¿Cómo va eso, Claire?

Pasa por delante de mí y sube a su casa, la de ellos. Pero no desea ya a Félicia, lo sé. Es en Annette en quien piensa.

Por otra parte, el embarazo perjudica a Félicia. No es capaz de defenderse. Su sonrisa se vuelve cada vez más confiada, cada vez más sensiblera a medida que las miradas de Annette se hacen más agresivas, más torturadoras. ¿Cuándo se producirá el desenlace? Me dedico a acechar. Estoy entre bastidores y me creen inexistente. Soy yo la directora de escena del drama. Los empujo a la escena, hábilmente, sin dar la impresión de intervenir, y sin embargo los manejo. Aunque sólo sea por esa manera de animar a Félicia a que descansa en su tumbona, en el balcón, cuando sé que Annette y Jean Luze se quedarán solos, abajo, en el comedor...

Cierro las puertas, indiferente en apariencia, y espero. Guardan silencio mientras se devoran con la mirada, el corazón al asalto, los sentidos derretidos. Aún no ha llegado el momento. Annette no puede olvidar que Jean Luze es su cuñado, y éste, que Annette es la hermana de su mujer.

Todos tenemos desde hace algún tiempo un aire de perros rabiosos, acosados como estamos por el temor, el verano, el sol, la hambruna y todo cuanto ello acarrea. Los responsables son los ciclones que Dios ha desencadenado sobre nosotros para castigarnos por lo que el padre Paul llama nuestra impiedad y nuestras debilidades.

Un sol terrible del pleno verano haitiano nos saca la lengua. Una lengua gruesa, gigantesca, cargada de efluvios, que nos lame la piel del cuerpo y nos corta la respiración. Nos abrasamos en el lugar. Nuestro sudor no para de chorrear. No hay agua ya en la atmósfera y el café, única riqueza de este lugar, se está desecando. Veo llegar el momento en que Eugénie Duclan, amiga personal del padre Paul, el cura párroco, organizará procesiones para influir en las nubes.

—La lluvia es la bendición del cielo—afirma muy ahitadamente el padre Paul en el curso de sus sermones.

Entonces, ¡es que estamos malditos! Ciclones, terremotos y sequedad, nada nos perdona. Los mendigos pululan. Los supervivientes del último cataclismo, lisiados, medio desnudos, merodean por las barreras de las casas. Todos fingen no verlos. ¿Es que no ha existido siempre la miseria ajena? Desde hace diez años que no hace sino crecer, tiene ahora el rostro petrificado de la costumbre. Siempre ha habido los que comen cuanto quieren y los que se acuestan con el estómago vacío. Mi padre, un gran cultivador a la par que especulador y que poseía en exclusividad doscientos cuadros de tierra de cafetos, acusaba a estos últimos de pereza.

—¿Tú a qué te dedicas?—preguntaba al que le imploraba, alargándole la mano. Y respondía por él—: A mendigar.

—¡Desalmado!—le gritaba entonces tío Mathurin—, ¡desalmado!

¡Ah! ¡El bueno de tío Mathurin, a quien nos había enseñado a temer como si fuera el diablo en persona! Hace veinte años que ha muerto y veinte años también que, al pasar por delante de su puerta, me parece estar viéndolo de pie, envuelto en su vieja hopalanda y escupiéndole al rostro a mi padre...

La miseria, la injusticia social, todas las injusticias del mundo, y éstas son innumerables, no desaparecerán más que con la raza humana. Se alivia centenares de sufrimientos para ver aparecer millones de otros. Esfuerzo inútil. Y además está el hambre del cuerpo y la del alma; la de la inteligencia y la de los sentidos. Todos los sufrimientos son equiparables. El hombre, para defenderse, ha cultivado su maldad. ¿Gracias a qué milagro este pobre pueblo ha podido durante tanto tiempo seguir siendo bueno, inofensivo, acogedor y alegre a pesar de su miseria, a pesar de las injusticias y de los prejuicios sociales, a pesar de nuestras múltiples guerras civiles? Nos ejercitamos en cortarnos el cuello mutuamente desde la Independencia. Las garras del

pueblo han empezado a crecer y se han afilado. Ha nacido el odio entre nosotros. Éste ha engendrado torturadores. Torturan antes de degollar. Es una herencia colonial a la que nos aferramos, como al francés. Descollamos en lo primero y somos aún mediocres en lo segundo. Oigo a menudo los aullidos de los prisioneros. La cárcel no está lejos de mi casa. La veo desde mi ventana. Ensombrece el paisaje por el color grisáceo de sus muros. La policía se ha vuelto vigilante. Vigila nuestros menores movimientos. Su representante es el comandante Calédu, un negro feroz que nos aterroriza desde hace unos ocho años. Tiene derecho de vida y de muerte sobre nosotros y abusa de él.

Dos días después de su llegada, inspeccionó casi todas las casas de la ciudad. Se incautaron de nuestras menores armas, incluso del fusil de caza del doctor Audier. Acompañado de gendarmes que nos tenían a raya, revolió dentro de nuestros armarios y cajones, con los labios apretados por el odio. ¿A cuánta gente ha asesinado ya? ¿Cuántos han desaparecido sin dejar ni rastro? ¿Cuántos han muerto en condiciones atroces? Nos hemos vuelto malvados por contagio: las largas horas de rodillas sobre sal gruesa, la obligación para los torturados de contar los golpes que les despellejan el cuerpo, las patatas calientes en la boca son los menores castigos que algunos de nosotros infligen a sus jóvenes criados. Verdaderos esclavos que pone a su disposición el hambre y sobre los que desahogan plenteramente su hosquedad y su rabia. Al oír sus gritos, como los de los prisioneros, mi sangre hierve, la rebelión ruge dentro de mí. Aborrecía ya a mi padre por azotar por nada a los hijos de los granjeros.

A pesar de las ruinas, a pesar de la miseria, nuestra pequeña ciudad sigue siendo hermosa. Me doy cuenta de ello ocasionalmente en unos arranques de conciencia que des-

piertan mi sensibilidad. La costumbre mata el placer. Así es como paso a menudo indiferente por delante del mar y de las montañas que bordean el horizonte. Estas últimas, por más devastadas que estén a causa de la erosión, son de una belleza turbadora. Las ramas secas de los cafetos toman a lo lejos unos tranquilizadores tonos pastel y la costa parece orlada de espumosos encajes. Un olor a algas sube de las profundidades del agua. Hay embarcaciones ligeras amarradas a estacas clavadas en la tierra. Sus velas dibujan manchas blancas sobre el mar, y el cielo, zambulléndose en él, mezcla sus colores con los del agua. Una vez por semana resuena la sirena del barco americano. El único que fondea ahora en nuestros puertos. Vuelve a partir cargado de pescado, café y maderas preciosas. Nuestra casa de estilo colonial—la última borrasca se llevó parte de su tejado—tiene unos sesenta años. Linda por un lado con la de Dora Doubiran y por el otro con la de Jane Bavière, dos amigas de la infancia que, por motivos aceptables pero distintos, no frecuentamos ya. Otros viejos edificios, que se asemejan al nuestro como dos hermanos gemelos y que flanquean por ambos lados la Calle Mayor, contrastan con la moderna quinta del nuevo prefecto, el señor Trudor, una autoridad a la que todo el mundo saluda quitándose el sombrero. Hemos perdido nuestra altivez y, por el momento, saludamos a quien sea quitándonos el sombrero. A fuerza de reverencias, muchos espinazos comienzan a deformarse. El señor Trudor da recepciones a las que son invitados todos los ex burgueses-mulatos-aristócratas. Y éstos, sacando de sus armarios fraques y vestidos de seda, responden rezongando. Es obligado bailar al son que tocan. Y habiéndolo trastocado todo la época actual, tratamos de adaptarnos a ella. Algunos de nosotros todavía se hacen de rogar, pero Annette, como muchacha de mundo muy atenta a las modas, se encarga de representarnos sin dejar pasar ninguna invitación.